

CRUZ.

(SEÑAL DE LA)

In nomine Patris, et Filii, et Spiritui Sancti.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

(*Matth. xxviii, 19.*)

Tomo, carísimos oyentes, por tema de mi discurso, las mismas palabras que vosotros pronunciáis al hacer la señal de la cruz, sacadas del Evangelio de S. Mateo.

Cuando nuestros labios balbuceaban todavía, y nuestro espíritu yacía en el sueño de la infancia, ya una madre cariñosa nos acostumbraba á decir: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,» y tomando nuestra mano en su mano, nos hacia acompañar estas palabras con una señal augusta y veneranda. Yo no hallo espectáculo más tierno que el de una madre cristiana, con el hijito puesto en su regazo, enseñándole á formar la señal de la cruz: benditas, benditas sean las madres, por haber santificado, mediante la religión, el primer uso de nuestros miembros; benditas, por perpetuar en las familias una usanza tan piadosa: ¡ojalá sea así siempre, y recuerden que esta práctica es para ellas un deber sagrado!

De todas las demostraciones religiosas, la señal de la cruz es la que hacemos con más frecuencia, y otra de las que tienen vinculadas más singulares gracias; por esto he creído muy útil y de fácil práctica, hacerlos sobre la misma una corta y familiar instrucción, manifestando, en primer lugar, cuán respetable es; y en segundo, cuán saludable. Ea, pues, amados hermanos, pregonemos, bajo el patrocinio de María, la excelencia de la señal de la cruz y sus efectos admirables, saludándola previamente con el Arcángel. A. M.

1. La razón primera que debe hacernos estimar la señal de la cruz como dignísima de nuestros respetos, es la grande antigüedad de su origen: sábios escritores eclesiásticos la vieron ya indicada en la antigua ley, pues los sacerdotes conducían primeramente la víctima según estaba prescrito en el Levítico, y la pasaban de oriente á occidente, formando así la señal de la cruz. S. Gregorio Nazianceno, y otros con él, opinan, que nuestro Señor, cuantas veces bendecía á sus Apóstoles, formaba sobre ellos la señal de la cruz. Sea lo que fuere de esta opinión respetabilísima, no hay duda, que la señal de la cruz se remonta hasta el origen del cristianismo. Tertuliano, escritor del siglo II, la menciona como muy comun y generalmente usada en su tiempo; y para que veais, hermanos míos, un ejemplo de la piedad de nuestros mayores, y un testimonio auténtico de la antigüedad de que tratamos, oid las palabras de este escritor: «Comenzamos, dice, todos nuestros actos con la señal de la cruz; en casa y fuera de ella; al sentarnos y al ponernos en pié; por la noche, cuando entran las luces; al ocupar la mesa, siempre marcamos nuestra frente con la señal de la cruz: haciéndola tantas veces y tan á menudo, que parece queda permanente el vestigio de ella. La tradición, añade, nos ha dejado esta señal divina, la costumbre la ha consagrado, y la fe y la piedad la observan.»

Tal es, hermanos míos, el origen de esta señal augusta, que, como veis, se remonta á la mayor antigüedad. Prefigurada quizá en el Antiguo testamento, data indubitavelmente de los albores del cristianismo, data de la misma cruz; los Apóstoles, instruidos por Jesucristo resucitado, debieron de establecerla en la Iglesia.

No nos extraña poco, en vista de esto, la obcecación de los sectarios modernos, que desechan la señal de la cruz. Sirvámonos, hermanos míos, como los primeros cristianos, sirvámonos á menudo, y mil veces al día, de este signo celestial: ¿qué empleo más propio para manos cristianas, que formar sobre el pecho el signo de la redención? ¿qué palabras más dignas y sublimes para labios cristianos, que los respetabilísimos nombres del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo?

Además de la antigüedad, primer motivo de nuestro respeto hácia la señal de la cruz, hay otro, y es el uso que de la misma hace la Iglesia en las ceremonias del culto y de su vida práctica. Cuanto la Iglesia hace, y practica, debe ser por nosotros considerado como acción del Espíritu Santo, el cual la inspira, la conduce, la dirige y señala sus destinos. Ahora bien; la Iglesia hace un uso eterno y perpétuo de la señal de la cruz: abramos los libros de que en todas

épocas se ha servido, y la veremos emplear á cada momento esta señal, la que, en cierto modo, es el alma de todas sus preces, ceremonias y bendiciones, y su enseña característica, dó quiera y en cualquier circunstancia; de suerte; que sin ella, nada se hace en la Iglesia con regularidad.

Creo no serán ociosos algunos ejemplos: la Iglesia coloca la señal de la cruz en lo alto de sus templos, encima de sus altares, en la piedra del sacrificio, en los ornamentos sacerdotales; repítela hasta lo infinito en la consagracion de sus templos, inscribiéndola en sus muros; úsala en la administracion de los sacramentos, pues por la señal de la cruz quedamos regenerados en las aguas saludables del bautismo; por ella recibimos el don de fuerza en el acto de la confirmacion; por ella nos reconciliamos con Dios en el tribunal de la penitencia; por ella participamos del cuerpo de Jesucristo en el banquete eucarístico; por ella somos promovidos á la dignidad sacerdotal en el sacramento del órden; y, finalmente, cuando en la hora de la muerte recibimos las postreras unciones, los últimos socorros y consuelos de la Iglesia, cuando dos cristianos se enlazan con los vínculos matrimoniales, siempre es por la señal de la cruz. Ella preside á todo y en todas partes. Visto el uso constante que la Iglesia hace de esta señal, no podemos ménos de exclamar: ¡Oh signo glorioso! despues de los sacramentos, tú eres el mas venerado símbolo del poder y de la bondad de Dios.

Pero profundicemos la materia, hermanos míos, y estudiemos esta señal en sí misma. Ella es nuestro emblema y nuestra enseña; por ella nos distinguimos los cristianos de los que no lo son, y hé aquí porque la llevamos impresa en la frente, á fin de que al vernos, sepan todos quiénes somos, á quien pertenecemos, y cual es nuestra profesion de fe. Así como la patria terrena tiene su bandera y estandarte, nuestra patria espiritual tiene tambien su bandera y su divisa, que es la señal de la cruz. Si me traslado á playas lejanas, en medio de un pueblo desconocido, cuya lengua ignoro, tengo un medio infalible para darme á conocer, obtener hospitalidad y hallar una familia: con solo persignarme, reconoceránme al instante mis hermanos regenerados como yo en el Calvario, todos correrán á estrecharme la mano, y serán mis protectores en suelo extraño y desconocido.

La señal de la cruz es tambien el símbolo, el resumen de toda nuestra religion; y yo la considero, además, como un memorial de los misterios cristianos, y un compendio de nuestras creencias. Miro en ella, primeramente, el objeto primordial de nuestra fe y el más su-

blime y profundo de nuestros misterios: el de la Santísima Trinidad. Decimos al santiguarnos: *en el nombre, in nomine*, en singular, para declarar la unidad de Dios, misterio que el mundo pagano ignoró por espacio de cuatro mil años. Si Dios no es uno, único y solo, no es verdadero Dios. Proclamada la unidad de Dios por medio de la primera palabra: *En el nombre*, reconocemos claramente la trinidad de las personas divinas, añadiendo: *Del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*.

Tambien la señal de la cruz nos representa el misterio de la Redencion, y, en consecuencia, el de la Encarnacion. Segun observa un santo padre, cuando formamos esta señal, trazamos en nosotros la escena del Calvario, nos representamos la pasion y la muerte de Jesucristo, no solamente con las circunstancias de aquel misterio, sino con enunciacion del triunfo que reportó sobre la muerte y sobre el infierno. Cuando os persignais vosotros, hermanos míos, estais haciendo un acto implícito de fe en todas estas verdades y en todos estos misterios; es como si rezarais vuestro símbolo; como si en compendio repitierais, que sois cristianos católicos, y que teneis por cierto cuanto Jesucristo os reveló y os enseña la Iglesia.

La señal de la cruz es, además, un resumen de nuestros deberes. En efecto, toda la moral del Evangelio estriba en la cruz; lo dijo Jesucristo: el que quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sigame. San Pablo dice asimismo: no hay elegidos ni predestinados sino entre los que se conforman con Jesucristo; y ¿qué es Jesucristo, hermanos míos, sino la personificacion de la cruz? Jesús, á quien adorais, es el martirio, la pasion, la muerte sobre la cruz: en la cruz está la salud, la vida, la tutela contra los enemigos de nuestra salvacion; no hay salud ni esperanza para la vida eterna sino en la cruz, con la cruz, y por la cruz.

Tal vez, hermanos míos, os parezca duro y penoso este aserto, pero consignado se halla en el Evangelio; por consiguiente, en vano pretendereis salvaros y ser santos, si no seguís el camino de la cruz. ¿No echais de ver la asombrosa relacion que media entre estas máximas inconcusas, y la señal de la cruz que cada día formais? Imposible es santiguarse con alguna atencion y reflexion, sin que se conciba una idea viva y actual de todos los deberes cristianos, sin que se traigan á la memoria las condiciones de que nuestra salvacion depende, y los medios que para lograrla conviene emplear.

La religion y la moral cristiana se reasumen á la par en el amor y en la caridad: amor de Dios; caridad fraterna; pues bien, ambos preceptos están admirablemente simbolizados en la señal de la cruz.

Por medio de ella confesamos á un mismo Padre, de quien todos somos hijos; á un mismo Hijo, de quien todos somos hermanos; y á un mismo Espíritu Santo, por quien todos somos animados; ella, además, nos recuerda el exceso de la caridad de un Dios para con nosotros, y su heroico sacrificio, pues no cabe prueba más notoria del amor que se tiene á unos hermanos, que el dar la vida por ellos. Esta señal representa igualmente lo que son, por la necesidad de su naturaleza, las tres divinas personas; nos enseña á reproducir entre nosotros aquel continuo comercio de estimacion y afecto, que existe en la Santísima Trinidad; y nos induce á guardar la misma perfecta unidad en que la Santísima Trinidad subsiste, á pesar de su triple y distinta personalidad. Hé aquí, hermanos míos, en rápido, aunque incompleto bosquejo, lo que significa y encierra la señal de la cruz: ojalá, al formarla, tengais presentes algunas de las ideas que acabo de emitir.

2. La señal de la cruz merece, de consiguiente, vuestros respetos, ya, por la antigüedad de su origen; ya, por el frecuente uso que de ella hace la Iglesia; ya, por los misterios prodigiosos y los milagros que nos recuerda. Veamos ahora en brevísimas palabras, cuán saludable es esta señal. Es saludable, no solo porque nos trae á la memoria nuestros deberes, sino porque nos sirve de auxilio, socorro y gracia para su más perfecto y fácil desempeño. La señal de la cruz, que repetís diariamente, es una oracion, por medio de la cual invocáis á las tres divinas personas. Rogais también á Jesús al hacerla, y, de consiguiente, cuantas gracias se hallan vinculadas á la oracion alcanzan á esta señal. Por ella, finalmente, se pone coto á los enemigos de nuestra salvacion.

Los santos padres nos dicen, que la señal de la cruz es una arma infalible contra el demonio, un preservativo contra los encantos, una vara que el cristiano blande, y con la que arredra al demonio. Hé aquí, hermanos míos, porque el infierno, en todos tiempos, ha procurado rechazar la señal de la cruz, bastando observar la saña con que la miraban los heresiarcas de diferentes épocas, el horror que en particular le tienen los sectarios de nuestros días, y la rabia de los perseguidores contra ella; pues consta en las actas de los mártires, cuya frecuente lectura os recomiendo, que con un hierro encendido marcaban la señal de la cruz en la frente de los primitivos cristianos.

Semejante aversion y ojeriza de los herejes contra la señal de la cruz acredita la eficacia de ella. A vosotros toca ahora saberla oponer con santo denuedo á las acometidas del infernal enemigo, dicién-

dole: esta es la cruz de mi Salvador; ¡huye, tentador villano! ¡hé aquí el leon de la tribu de Judá!

Siendo, además, una oracion, participa como tal de las bendiciones celestiales: taumaturgos hubo, que con solo la señal de la cruz volvian la vista al ciego, el oido al sordo, y el movimiento al tullido; y de ello abundan pruebas irrecusables, emitidas por graves autores, y corroboradas por testigos de vista, que seria largo referir. No acabaria si quisiese enumerar todas las gracias vinculadas á la señal de la cruz. Esta señal consagra y ennoblece las acciones más vulgares; es el medio más prodigioso para entrar en comunicacion con Dios; y segun dictámen de un sabio teólogo católico, ella basta para obtener perdon de los pecados veniales. Vuelvo á decirlo: despues de los sacramentos, nada hay tan eficaz para salvarse y conseguir los prodigios de la gracia como la señal de la cruz.

3. En conclusion de esta materia, voy á dirigirme á vuestra conciencia, para deciros cuáles son vuestros deberes respecto á la señal de la cruz. Permitid, hermanos míos, os hable con todo el desahogo y la franqueza á que mi ministerio me autoriza. De cuatro maneras pecais contra esta señal: 1.º por avergonzaros de hacerla, 2.º por olvidaros de hacerla, 3.º por hacerla mal, y 4.º por hacerla sin devocion y sin fe.

Primeramente os avergonzais de hacerla, cediendo al miedo á los respetos humanos. ¿No es cierto, que son muy pocos en el dia los que osan persignarse al ocupar una mesa extraña? Ya sé que la prudencia cristiana obliga en ocasiones á guardar cierta reserva, para no exponer á la befa nuestros signos venerandos; pero estos casos son excepcionales, y, á Dios gracias, todavía hay muchas familias cristianas y honradas, en las que se respetarian vuestras convicciones, y hasta causaria edificacion que las manifestaseis con tan augusta señal. En aquellas mismas casas cristianas é inofensivas, que participaron de nuestros sentimientos, que eran fieles y consideradas como centros de piedad, las cuales por la poca edificacion de nuestras gracias descuidaron sus prácticas religiosas; ¿no os ha sucedido temer y ruborizaros de enarbolar la señal de la cruz en presencia de vuestros deudos y amigos? ¡Ah, hermanos míos! esa es una cobardía imperdonable, eso es desconocer y hacer traicion á la fe. Espero os bastará esta advertencia, para que mostreis más firmeza en lo sucesivo.

En segundo lugar, descuidais ú omitís hacer la señal de la cruz. Segun enseñan todos los catecismos, y el catecismo es un libro que hace autoridad en la Iglesia, tenemos obligacion de santiguarnos al comenzar y al acabar cualquier acto importante, y, sobre todo, si

nos acomete alguna tentacion. Sed francos, y respondedme en conciencia: ¿cuántas veces hubiéramos evitado el riesgo de caer en pecado mortal, cuántas hubiéramos salido vencedores, á pensar solamente en armarnos con esta señal victoriosa?

En tercer lugar, haceis mal la señal de la cruz: el movimiento de vuestra mano al santiguaros, no la representa, y esto es inferirle un verdadero agravio. En la religion, hermanos míos, no hay cosa alguna de poco valer; todo tiene una trascendencia inmensa. Recordad lo que hace poco os decia acerca de la eficacia y de las maravillas contenidas en esta divina señal, y aprovechaos de esta nueva leccion: precisamente lo que la Iglesia más desea, es poner sus augustos misterios al alcance de todos sus hijos.

Por último, haceis la señal de la cruz sin devocion y sin fe. Si poco há os hubiese referido algunos de los milagros obrados por la señal de la cruz, tal vez no me habriais creído, preguntándome el motivo porque Dios se muestra tan avaro de las maravillas que en otro tiempo prodigaba. Los motivos son vários, pero uno de los mayores, es sin duda la falta de devocion, de piedad, y de fe, que caracteriza á nuestra época. Es notorio, que ya no tenemos, como tuvieron nuestros padres, aquella fe, que traslada las montañas; aquella fe, que animaba á los santos, cuando acercándose á un cadáver le decian, formando la señal de la cruz: ¡levántate en el nombre de Jesucristo! y el difunto se levantaba, con admiracion de todos, y se ponía á glorificar á Dios. Solo la fe y la virtud de los primitivos cristianos son las que producian semejantes milagros.

En conclusion, y para corroborar la presente plática, voy á recomendaros algunas devotas usanzas. Casi todas vuestras casas, particularmente en las capitales, contienen un buen ajuar, ricos muebles, selectas librerías, elegantes colgaduras; pero les falta una cosa, un Crucifijo. Si sobreviene en la familia alguna calamidad, y se tiene que correr á la parroquia para la administracion de sacramentos, en vano es révolver todas las baratijas para dar con una imagen del Crucificado, la que muchas veces debe irse á buscar al humilde aposento de los domésticos. Allí en efecto está el Crucifijo, que desterrais de vuestros salones y gabinetes fastuosos. Esta falta, hermanos míos, debe repararse, y conviene, que el simbolo de nuestra redencion se instale lo más pronto posible en el seno del hogar doméstico.

Os recomiendo asimismo á cuantos estais escuchándome, que lleveis sobre el pecho la imagen de Jesús crucificado, para que os sirva de escudo contra los tiros del enemigo. Si éste os ataca y amenaza, poned la mano sobre la cruz, y repetid aquellas benditas palabras:

en nombre del Padré, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con las cuales vencereis, sin duda alguna, conforme vencereis en la hora postrera si apretais sobre vuestros labios y contra vuestro corazón la imagen del Redentor, que acompañará vuestros yertos despojos, y os servirá de garantía para una resurreccion gloriosa. ¡Quiera Dios concedérselos! así sea.

CRUZADA, véase: (BULA DE LA).

CUARESMA.

(CONDUCTA DEL ALMA CRISTIANA EN TIEMPO DE)

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Llegado es ahora el tiempo favorable; llegado es ahora el día de la salvacion.

(II Cor. vi, 2.)

Todos los años, hermanos míos, al acercarse la santa cuaresma, la Iglesia llama á sus hijos á la penitencia; y cada año, al llegar este tiempo de expiacion, hállalos apegados á las mismas vanidades, entregados á las mismas ilusiones, sujetos á las mismas pasiones y debilidades. No hablo de aquella multitud de cristianos infieles para quienes todos los tiempos son indiferentes, todos los días son iguales, sin distinguir siquiera los más santos y solemnes; de aquellos cristianos, que apenas se acuerdan de la cuaresma, ni saben cuando empieza ó acaba; y que si de algo de esto se acuerdan, es únicamente para añadir el desprecio de la ley al escándalo de la infraccion. Para éstos toda exhortacion seria vana, pues ni ablandaria su corazón, ni llegaría siquiera á sus oídos. La Iglesia, al ver la obcecacion y la